

Lima, 11 de Marzo

Leninismo y Stalinismo

por Enrique Gherzi

El pensamiento marxista tiene un sinnúmero de interpretaciones, cada una de ellas con cierta dosis de heterodoxia. Casi inmediatamente después de la muerte de Marx, Kautsky y Bernstein releían su mensaje bajo nueva óptica. Luego Lenin establecía un derrotero muy importante para el desarrollo del comunismo contemporáneo, a través de su concepción de la táctica revolucionaria contra los imperialismos, así como con la organización de un partido que fuera eje decisivo para la toma del poder. Pero de su mensaje queremos rescatar el origen de lo que sería el Stalinismo.

La propaganda comunista actual se ha empeñado en demostrar que no todo marxismo es Stalinista, sino que es posible diseñar un marxismo con apertura democrática y sin totalitarismos; nos quieren vender la idea de que Stalin fue sólo un accidente en el curso del proceso revolucionario, y no un escalón necesario de su evolución. Discrepamos profundamente de estos conceptos.

Lenin manifestó, en más de una oportunidad, su convencimiento en una dictadura personal como modo efectivo de alcanzar los objetivos revolucionarios, quedando, por la consagración práctica de estos objetivos, legitimado el poder personal. Así estableció, sin lu-

gar a dudas, la base para el nacimiento del Stalinismo como poder dictatorial personalísimo y eje de la consolidación del poder comunista.

Coincidimos con el disidente yugoslavo Milovan Djilas, en cuanto del pensamiento originario de Marx no es posible deducir preferencia alguna por el régimen personal; empero, de la lectura marxista de Lenin es indubitable su adhesión al establecimiento de un poder dictatorial de características personales, elemento básico del Stalinismo.

El Stalinismo es inherente al Leninismo; todo partido marxista-leninista es esencialmente Stalinista. En buena cuenta, por más que lo nieguen sus agoreros y portavoces, en los partidos comunistas el Stalinismo es ya una técnica política de uso común.

Para una sociedad democrática occidental no hay peor enemigo que la prédica antiliberal de una religión totalitaria; el Stalinismo de nuestra izquierda, encubierto a veces, declarado en otras, se comporta hoy de esta manera. Según Jean-Francois Revel, la docilidad al Stalinismo hace que retroceda el convencimiento de los partidos democráticos en sus propios principios. Es nuestro deber desterrar esta docilidad.